

Joseph E. Stiglitz  
Cómo hacer que funcione la globalización  
Buenos Aires: Taurus, 2006

En este nuevo libro, Joseph E. Stiglitz avanza en las discusiones levantadas en dos de sus libros anteriores (*El malestar en la globalización* y *Los felices 90*): la globalización. En el primero el FMI, por su concepción y forma de actuación, y el mercado global, por la dirección y política económica que profundizó aún más las diferencias entre los países desarrollados y en desarrollo, no son ahorrados de sus ataques. El segundo trata de una breve historia escrita sobre hechos políticos y económicos recientes en un mundo globalizado.

*Cómo hacer que funcione la globalización* es un avance en los debates previos promovidos por el autor. En este libro, Stiglitz deja atrás las manifestaciones antiglobalización y demuestra a través de ejemplos los errores que llevaron al comercio global a ganar resistentes en diversas partes del mundo. Sugiere soluciones que permitan que la globalización traiga beneficios y no aumento de las desigualdades entre los países desarrollados y subdesarrollados. En el prefacio del libro, el mensaje es claro: «cómo salvar la globalización de sus defensores». Stiglitz defiende la globalización del comercio y de los mercados financieros sin olvidar que la economía y la globalización de mercados solamente tienen sentido si pueden mejorar la vida de los ciudadanos, tanto de los países más ricos, como de los más pobres.

El libro está dividido en diez partes; las dos primeras tratan de la necesidad de reforma y los motivos que llevan a esta cuestión. El autor presenta relatos de sus trabajos frente al Banco Mundial (economista jefe) y la Casa Blanca (consejero económico del gobierno de Clinton) y cómo estas oportunidades le permitieron visitar decenas de países para conocer de cerca los efectos de las políticas del banco en la vida de las personas y de qué forma las directrices del gobierno de los Estados Unidos estaban conduciendo la economía global. Durante estas visitas, Stiglitz pudo percibir *in loco* que la globalización está muy lejos de las promesas que sus defensores ventilan a cada instante. Al contrario de lo que se afirma, fue la pobreza y no la riqueza la que aumentó en muchos países que adhirieron a la globalización. Y más aún, que muchas veces esta globalización se dio unilateralmente. Presiones

internacionales conducidas por los países desarrollados son demasiado fuertes para que los países menos desarrollados puedan pensar sus propias políticas económicas. Las cuestiones sociales y culturales se encuentran sofocadas frente al pensamiento único que no acepta el debate y mucho menos divergencias sobre cómo hacer capitalismo. El autor pretende en este libro mostrar que el comercio justo y la democracia pueden contribuir a otras formas de interpretación del capitalismo y de la propia globalización.

De forma puntual y con una misma estructura para todos los capítulos (el autor hace un levantamiento del problema, presenta hechos empíricos que son comunes y actuales y, por fin, propone soluciones para cada tema), Stiglitz trata de las siguientes cuestiones: comercio justo, patentes, beneficios y personas, la maldición de los recursos naturales, medio ambiente, el papel de las corporaciones multinacionales, la deuda de los países pobres, el sistema global de reservas y cómo democratizar la globalización.

Para cada punto, el lector es invitado a entender las decisiones económicas tomadas por países de África, Este de Europa, América Latina, Rusia, Estados Unidos, etcétera, y conocer cómo estas decisiones se reflejaron en la vida de las personas y cómo los países ricos muchas veces favorecen los intereses de grupos aislados en detrimento de las necesidades colectivas. Él cita, por ejemplo, como los subsidios para los productores de algodón en Estados Unidos se hacen a un coste demasiado alto para toda la sociedad norteamericana para mantener privilegios de un pequeño grupo de productores (cerca de 25.000) y que esta política aún impide que productores (cerca de 10 millones) localizados en países subdesarrollados, como países de África, tengan acceso al mayor mercado del mundo.

Sin abusar de términos económicos, dos puntos están siempre presentes en los análisis de Stiglitz: las externalidades y la asimetría de informaciones. Este último fue el trabajo que le valió el Premio Nobel en 2001. Según Stiglitz, las externalidades negativas están presentes de forma más acentuada donde los gobiernos son débiles y no poseen control sobre las empresas de forma que absorban los costes de las externalidades negativas. Por ejemplo, las empresas siempre miran el lucro y el cuidado del medio ambiente como algo ajeno a sus objetivos centrales. El concepto de instituciones socialmente responsables no figura en las prioridades de las empresas. Para que aumenten los márgenes de lucro, las empresas pueden, por ejemplo, contaminar un río que afectará toda una localidad y podrán exhibir balances contables favorables y sus accionistas estarán felices. De esta forma, el lucro será apropiado por pocos y los costes prorrateados por todos.

La asimetría de informaciones explica que las teorías por las cuales las políticas de globalización son fundamentadas, llevan a pérdidas que pueden ser mayores que las ganancias que pueden ser obtenidas en una relación de libre comercio. Si la teoría afirma que hay un coste social necesario, pero que la mayoría será beneficiada, la realidad muestra que la cuestión es más compleja.

Sin embargo, los defensores de la globalización, como ésta es pensada hoy, cree que el modelo es el que está correcto y la realidad es la equivocada.

Stiglitz presenta muchas propuestas para una mejor globalización de forma que ella sea más justa y convergente. Algunas ideas presentadas en el libro, como la democratización de la globalización que propone aumentar la voz de los países menos desarrollados o reformas institucionales de forma de promover un comercio más justo, son perfectamente prácticas, aunque de difícil aceptación por parte de quienes dictan las reglas de comercio, pero aun así factibles. Sin embargo, otras, como la responsabilidad moral de las corporaciones y la reducción de las posibilidades de corrupción, aunque ya existan acciones concretas en este sentido, son más intenciones que políticas prácticas. Stiglitz en este momento se muestra demasiado optimista en relación a las instituciones y a los valores morales.

Este libro puede ser considerado el tercero de una trilogía. Si en el primer libro los lectores fueron provocados y en el segundo conocieron la historia reciente bajo la mirada de quien la vivió a partir de la toma de decisiones, este tercero es un libro necesario para comprender que ser crítico no necesariamente es que se esté en contra de la globalización. Si las críticas presentes en los libros anteriores son inquietantes, este libro trata de presentar ideas que puedan hacer de la globalización aquello que de ella se espera: el comercio global como un medio, y no un fin, para un mejor bienestar humano.

\*\*\*

MÁRCIO PIMENTA MACHADO (contato@marciopimenta.ecn.br)